

Manual para habitarme

Advertencia: este cuerpo no trae instrucciones.

Solo señales confusas, como mapas dibujados con los ojos cerrados.

Mi cabeza es un ático desordenado. Llueve ideas todo el tiempo. Algunas hacen charcos, otras se evaporan antes de tocar el suelo.

Hay pensamientos que crujen como madera vieja y otros que se esconden bajo la alfombra de la razón.

Mis ojos son internas inquietas: enfocan lo invisible, distorsionan lo obvio, y a veces parpadean solo para no ver lo que duele.

Cuando lloro, es como si abrieran compuertas. No por tristeza siempre, sino por sobrecarga.

Mis codos son bisagras tercas. Les gusta doblarse solo si hay música.

Los dedos tienen memoria propia: teclean lo que no me animo a decir, dibujan excusas, tocan el miedo como si fuera un piano desafinado.

En el estómago guardo meteoritos. Algunos caen con fuerza, otros se disuelven en mariposas fosforescentes.

Ahí vive el hambre de todo: de paz, de ternura, de postres, de respuestas.

Tengo un corazón que a veces no parece mío.

Hace ruidos raros cuando me enamoro de cosas pequeñas: una sombra bien puesta, una canción mal cantada, un silencio que no incomoda.

Mi cuerpo no siempre coopera. Se cansa cuando quiero correr. Se agita cuando debería calmarse.

Pero también me defiende.

De palabras afiladas.

De miradas que no preguntan.

De rutinas que me apagan.

Soy un collage mal recortado, un poema que se corrige en voz baja.

Y aun así, me habito.

No como quien se instala, sino como quien explora:
con miedo, con curiosidad, con ternura.

Advertencia: contenido altamente esponjoso



Hubo un tiempo en que deseé que mi cabello fuera distinto.

Que se alineara, que se callara, que no sobresaliera tanto.

Lo apreté, lo escondí, lo forcé a ser algo que no era, porque me enseñaron que lo bello era lo liso, lo brillante, lo dócil.

Pero mi cabello nunca fue eso.

Fue volumen, fue enredo, fue viento sin dirección.

Y yo creí que eso estaba mal.

Que yo estaba mal.

Hoy, esta foto no es solo una imagen.

Es un acto de ternura hacia mí misma.

Es dejar que lo que antes me avergonzaba, hoy me abrace, me defina, me enorgullezca.

Porque mi cabello es mi historia, mi manera de ocupar espacio, mi forma de no disculparme más.

Ya no quiero que sea distinto.

Quiero que sea libre.

Como yo.